



Abside y portada del Convento de Santa Isabel.

ITINERARIO NOCTURNO A TRAVES DE LA VIEJA CIUDAD

Se ha inaugurado en Toledo la iluminación del itinerario nocturno, obra del arquitecto don Eduardo Lagarde.

(De un Diario.)

Las calles de la vieja ciudad están silenciosas. No hay gente en ellas. La vida parece haber cesado hace siglos y las desiguales piedras de su pavimento nos reciben doloridas en esta hora de los fantasmas.

La noche tiene una negrura infinita, una negrura de congoja y de muerte, y en este momento en que todo descansa, salimos a descubrir la vieja ciudad. Lucas sabiamente

dispuestas en nichos y faroles nos indican un camino, en el que se acusan como verdaderos modelos de aguafuertes las viejas fábricas olvidadas.

Comienza en la calle Nueva esta peregrinación sin fin, que nos hace olvidar quienes somos y a donde vamos, ya que pronto vivimos en un mundo extraño, fuera de toda realidad.

Un profundo e impresionante silencio nos rodea. ¿Qué distancia nos separa del millenario Oriente? Sólo, quizá, los altos campanarios y las cruces que dominan las antiguas

TOLEDO.
ITINERARIO NOCTURNO.



mezquitas y sinagogas, que aparecen en difusas masas recortándose en un cielo negrísimo.

Callejones estrechos que como despeñaderos nos conducen a simas de una profundidad misteriosa, se proyectan entre muros de siluetas extrañas, que parecen haberse abier-

to ante nuestro paso, para cerrarse poco después como en la leyenda oriental de Alí-Babá.

El tiempo no tiene valor en esta noche. Las manillas del reloj han perdido su odiosa tiranía sobre nosotros. Arriba, una brillante estrella, que se destaca en la oscuridad del cielo, es el único testigo de nuestra existencia.

Repentinamente, el eco de nuestros pasos tiene tonos de queja. Es un llanto reprimido, ahogado, que desaparece cada vez que nos detenemos.

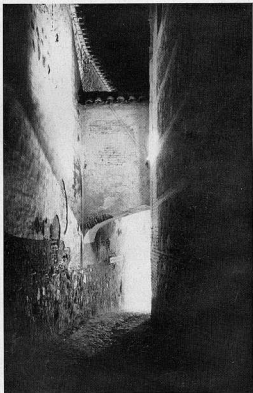
Buscando el calor de la luz, duermen salamandras en los nichos de la iluminación nocturna, pequeños dragones, hijos quizá del gran dragón que nos espera en la profundidad de una de estas calles, que parecen cavernas.

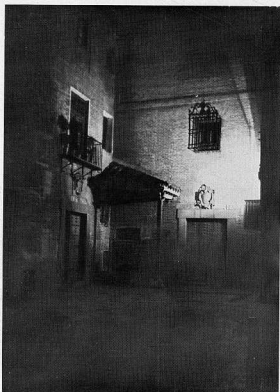
Nos detenemos un instante junto al atrio de

un convento. Gruesas rejas lo cierran y la portada, protegida por un tejadillo volado valientemente, está rematada por una negra cruz de hierro.

De repente se levanta viento y una sensación de frío nos invade. La cruz preside el silencio y la paz de la santa casa. Las hojas secas que arrastra el viento producen en la plazuela a que hemos llegado la sensación de ligeras pisadas. Oscilan las luces y nos parece oír gemidos y ruido de cadenas. Recor-

Cobertizo del Convento de Santa Isabel.





Plazo del Convento de las Capuchinas.

damos al feroz Wali Amru. Quizá por estas mismas calles desfilaron los nobles toledanos, invitados por el feroz Wali a acudir a su Alcázar, donde encontraron la muerte (1).

Más allá, vuelven los altos muros a ocultar la estrella que nos guía. Las calles se retuercen como serpientes moribundas y el ruido del viento y el eco de nuestras pisadas nos acompañan.

En el callejón de Santa Isabel, bajo un arco pintoresco, cruzan como demonios en nuestro

camino dos gatos negros. A lo lejos, las campanas de un reloj anuncian las tres de la mañana.

Toda la historia se arremolina en estos instantes deseosa de imponer sus derechos. Son esas mismas piedras, esos mismos muros, esas puertas claveteadas las que presenciaron días de esplendor y de gloria. Esos inmensos conventos, hoy casi abandonados y en ruinas, tuvieron días de prosperidad y animación. Esos viejos palacios, por encima de cuyas tapias

ruinosas asoma la hiedra, presenciaron fiestas y recepciones de júbilo al advenimiento de reyes y ante noticias de conquistas de tierras lejanas. Y son también esos escudos de piedra que presiden las portadas de hoscos caserones, el resumen de la historia de la grandeza española.

No sabemos si soñamos. Oímos el ruido de espadas que se cruzan, y una silueta extraña aparece delante de nosotros. Ha salido de un oscuro rincón, entre un montón de ruinas.

Su aspecto sombrío y pintoresco nos hace recordar los versos de un poeta (2):

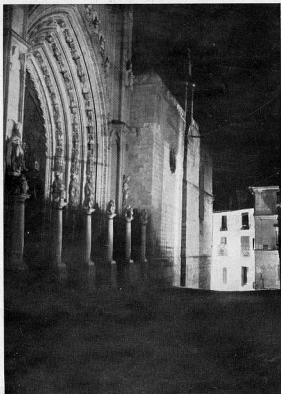
—¡Don Alfonso!, le dije. ¡Vive Dios; si es extraña
vuestra presencia aquí; muerto hace tantos siglos!

—¿Muerto ya? Estoy más vivo que en mi solar
[España,
entre duques y dueñas, gigantes y vestigios.

Al aproximarnos a él, parece indicarnos con un movimiento de su mano que no nos movamos, que no turbemos su tranquilidad. ¿Acaso no tiene derecho, en estas horas, a recordar un poco su pasado? Pero todo es una

Abside del Convento de la Reina.





Puerta de los Leones de la Catedral.

ilusión de nuestros pobres sentidos; nadie ha salido a nuestro encuentro y continuamos solos y perdidos en esta noche de inolvidable recuerdo.

La noche es piadosa; oculta la barbarie del hombre. Con la difusa luz de la bella iluminación, las heridas y horrores de los viejos palacios asesinados por el interés y la ignorancia quedan velados. Huecos abiertos bárbaramente, revocos absurdos, pavimentos modernizados; todo pasa desapercibido. La luz

está dispuesta solamente para contemplar lo bello, y quizá sea por esto por lo que algunos la adian y se esfuerzan en encender trozos del antiguo alumbrado.

Escribía Azorín, en un artículo sobre una vieja ciudad (3): "En la vieja ciudad se lucha bravamente contra el tiempo"; y es en este caso la vieja ciudad la que lucha; pero lucha apoyándose en su terreno, áspero y desigual, apoyándose en sus conventos solitarios y en sus iglesias, baluartes de la fe y del arte. Los

palacios han cedido, ya hace años. Cualquier escritor de cualquier tiempo que haya citado a Toledo habrá hecho referencia a sus ruinas. Don Antonio Pons escribe en el siglo XVIII: "Acaso la mitad de Toledo está arruinada, siendo montones de ladrillos y tejas rotas lo que en otro tiempo eran casas; y esto se nota más hacia la parte del Mediodía" [4].

Todos hacen referencia a lo mismo, y ello lo hace notar Gustavo Adolfo Bécquer en sus "Leyendas"; y sus leyendas no eran fantasías

de sus noches sin sueño, como él decía, sino angustiosas llamadas de alerta en su corto paso por la vida.

Continuamos nuestra peregrinación bordeando la Catedral, cuyas muras se pierden en la oscuridad, y pronto, como un rayo de luz en las tinieblas, se nos aparece la Puerta de los Leones. Hemos pasado de la pobre arquitectura de ladrillo y mampostería a la más refinada obra de cantería, símbolo de nuevas artes y nuevas técnicas. Los mármoles re-

Cobertizo de Santo Domingo el Real.



flejan la luz con palideces espectrales, y las numerosas figuras que la componen adquieren perspectivas extrañas.

Hemos llegado al final, digno final de esta larga noche, en la que nuestra fantasía ha sido pequeña en contraste con la realidad. La vieja ciudad ha desfilado ante nosotros con su ropaje múltiple y pintoresco. Las torres y las portadas, las cornisas y las molduras, han tomado formas distintas bajo la mágica luz, creadora de la forma y de la belleza. Hemos oído murmullos de voces que, como bajadas del cielo, cantaban la letanía en la profundidad de la noche. Voces femeninas que, como los ruidos que trae y lleva el viento, tenían cadencias extrañas que incitaban

a la piedad y al recogimiento. Voces que en la soledad de la ciudad dormida pedían al Altísimo por todos los que fueron.

Contemplamos por última vez la inmensa mole de la Catedral y lentamente penetramos en la plaza de Zacodover.

ARISTIDES FERNANDEZ VALLESPIN

Arquitecto.

NOTAS

[1] Conde: "Historia de la dominación de los árabes en España", parte II, Cap. XXIII.

[2] "La razón de Don Quijote", Guillermo Palencia. "El Espectador", Bogotá, 23 julio 1932.

[3] "La vieja ciudad". Azarín, "A. B. C.", 19 septiembre 1943.

[4] "Viaje de España", Antonio Pons, tercera edición, 1787, tomo I, pág. 23.

Portada de Santo Domingo el Antiguo.

